

La antropología aplicada en Puno – El Proyecto Taraco-Chijnaya (1963): Una entrevista con el Ing. Hugo Contreras Quevedo¹

*Applied Anthropology in Puno – The Taraco-Chijnaya Project (1963):
An Interview with Ing. Hugo Contreras Quevedo*

RALPH BOLTON²

Pomona College y la Fundación Chijnaya, EE.UU.
professorbolton@aol.com

DANIEL E. CASTILLO TORRES³

Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa, Perú
dcastillot@unsa.edu.pe

INES CONTRERAS

ines_contreras@hotmail.com

[DAPHNE BRADEN, LEAH DEMBINSKI y MAREN VOUGA](#)

Bates College, EE.UU.

Recibido: 05 de septiembre de 2023

Aceptado: 07 de octubre de 2023

Resumen

A mediados del siglo XX, cuando la antropología aplicada estaba en su infancia, Tres proyectos de antropología aplicada en el Perú recibieron atención internacional: el Proyecto Cornell-Perú en Vicos, el Proyecto Kuyo Chico en Cusco y el Proyecto Taraco-Chijnaya en Puno. Hugo Contreras Quevedo, agrónomo de formación, fue el iniciador del proyecto en Puno. Habiendo trabajado con los antropólogos responsables de los proyectos Vicos y Kuyo Chico, en particular Mario Vázquez y Óscar Núñez del Prado respectivamente, el Ing. Contreras reconoció la importancia de incluir la antropología en los programas de desarrollo rural. Este artículo, un aporte a la historia de la antropología aplicada en el Perú, presenta una entrevista realizada al Ing. Contreras en 2010 en Chijnaya durante su visita de regreso a la comunidad. En él analiza los orígenes del proyecto, su trayectoria personal y sus ideas sobre el desarrollo rural.

Palabras claves: Chijnaya, Taraco, antropología aplicada, Puno, entrevista, Hugo Contreras

Abstract

During the middle of the 20th century, when applied anthropology was in its infancy, three applied anthropology projects in Peru received international attention: the Cornell-Peru Project at Vicos, the Kuyo Chico Project in Cusco, and the Taraco-Chijnaya Project in Puno. Hugo Contreras Quevedo, an agronomist by training, was the initiator of the project in Puno. Having worked with anthropologists responsible for the Vicos and Kuyo Chico projects, notably Mario Vazquez and Óscar Núñez del Prado respectively, Ing. Contreras

1 En homenaje Ing. Hugo Contreras Quevedo (1925-2012)

2 PhD en antropología por la Universidad de Cornell (EE.UU.) y fundador de la Chijnaya Foundation; autor/ editor de diez libros dedicados al estudio de las culturas andinas con enfoques en la antropología aplicada, conflicto social, parentesco y familia, la antropología de salud, y la cultura expresiva.

3 Magister en Antropología visual (PUCP) y Licenciado en Antropología (UNSA). Ha publicado artículos en diversas revistas nacionales. Ha trabajado como investigador en Producciones Alcaraván dirigido por Alejandro Guerrero y actualmente es profesor de antropología en la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa.

recognized the importance of including a anthropology rural development programs. This paper, a contribution to the history of applied anthropology in Peru, presents an interview conducted with Ing. Contreras in 2010 in Chijnaya on his return visit to the community. In it he discusses the origins of the project, his personal background, and his ideas about rural development.

Keywords: Chijnaya, Taraco, applied anthropology, Puno, interview, Hugo Contreras

Introducción

El Perú ocupa una posición importante en la historia de la antropología aplicada. Fue un campo de experimentación y ensayo para esta ciencia social. Si bien muchos antropólogos se dedicaban a actividades aplicadas antes de la creación de la Sociedad de Antropología Aplicada en 1941, este subcampo de la disciplina se consolidó más en los años siguientes, especialmente en las décadas de 1950 y 1960 (Ávila y Bolton 2016). Tres grandes proyectos en el Perú constituyeron importantes programas aplicados que se hicieron muy conocidos. Fueron (1) el Proyecto Cornell-Perú en Vicos (1952-1966), departamento de Ancash, dirigido por los doctores Allan Holmberg, Mario C. Vázquez y Carlos Monge Medrano del Instituto Indigenista Peruano; (2) el Proyecto Kuyo Chico (1959-1968), departamento del Cuzco, encabezado por el Dr. Óscar Núñez del Prado; y (3) el Proyecto Taraco-Chijnaya (1963-1965), departamento de Puno, llevado a cabo por el Departamento de Reforma Agraria de la Corporación de Desarrollo de Puno dirigido por Hugo Contreras Quevedo con la participación de Ralph Bolton como antropólogo. Una cantidad considerable de investigaciones estuvieron asociadas con los dos primeros proyectos, y muchos antropólogos peruanos y extranjeros obtuvieron su primera experiencia de campo en uno de esos sitios. [véase Bolton, Greaves y Zapata 2010; Flores 2010; Núñez del Prado 1970, 1973.] Si bien el Proyecto Taraco-Chijnaya careció de un componente de investigación intensiva, algunos relatos del proyecto están disponibles (Bolton 2010a, 2010b, 2012; Cuentas 1965a, 1965b, 1975; Rosenthal 1981).

La propuesta del Proyecto Taraco-Chijnaya, iniciada como respuesta a las desastrosas inundaciones en 1962-1963 en comunidades bajas de habla quechua a orillas del lago Titicaca, se originó con Hugo Contreras. Contreras era agrónomo, no antropólogo, pero él es la única persona que tuvo la distinción de haber trabajado en los tres de estos primeros programas de antropología aplicada peruana: Vicos, Kuyo Chico y Chijnaya. Él había trabajado estrechamente con Mario Vázquez, alumno y colaborador de Allan Holmberg, quien jugó un papel decisivo en el diseño y ejecución del Proyecto Cornell-Perú en Vicos. Posteriormente trabajó con Óscar Núñez del Prado en Kuyo Chico antes de asumir el puesto de jefe del Departamento de Reforma Agraria de la recién creada entidad gubernamental, la Corporación de Fomento y Desarrollo de Puno (Corpuno) donde inició este proyecto. Bolton, como voluntario del Cuerpo de Paz con formación en antropología y también influenciado por el trabajo de Holmberg y Vázquez, fue el único antropólogo involucrado en el Proyecto Taraco-Chijnaya en el rol de director de campo.

Mas bien, se puede notar que, al inicio del proyecto, el Dr. Leonidas Cuentas Gamarra, un destacado puneño de Huancané, era jefe del Departamento de Integración Cultural de Corpuno, vicepresidente del Comité Ejecutivo y presidente del Comité Técnico que hacía recomendaciones sobre proyectos. Era licenciado en Derecho por la Universidad de San Agustín de Arequipa. Durante su vida se desempeñó como alcalde de Huancané, provincia en la que se encuentra Taraco, y como prefecto del Departamento de Puno. Cuentas tenía interés por el folclore. Posteriormente a su trabajo en Corpuno, asistió a la

Universidad San Antonio Abad en Cusco donde se licenció en antropología.

En 2010, Bolton organizó una visita de Contreras a Chijnaya en un aniversario de la fundación de la comunidad (ahora Centro Poblado). Este fue el primer regreso de Contreras a Chijnaya en unos 40 años. Fue recibido por la comunidad como figura casi mítica, acogida especialmente por los mayores de la comunidad que estaban todavía vivo y con quien él y su equipo habían trabajado. En aquel momento, la Fundación Chijnaya, establecida en 2005, tenía un programa de voluntariado para estudiantes norteamericanos en Chijnaya. Bolton pidió a tres de estos estudiantes voluntarios que aprovecharan esta oportunidad para realizar entrevistas con Contreras para preservar sus recuerdos del proyecto y su perspectiva sobre cómo trabajar para mejorar la vida en las comunidades rurales andinas. En el momento de las entrevistas, Contreras tenía 85 años; falleció dos años después.

Las Entrevistas

Las entrevistas fueron realizadas durante dos días por Braden, Dembinski y Vouga. Las entrevistas fueron grabadas y transcritas. Cada una de las dos entrevistas duró aproximadamente entre 75 y 90 minutos. La transcripción de las entrevistas fue editada por Contreras, Castillo y Bolton. Los editores han tratado de permanecer lo más fieles posible a la original y al mismo tiempo eliminar errores gramaticales, expresiones inaudibles y mención de pausas en interés de legibilidad. Algunos comentarios tangenciales ajenos al tema de la entrevista, el Proyecto Taraco-Chijnaya, también quedaron fuera del texto que sigue.

Primer día, 24 de septiembre de 2010: Las entrevistadoras comenzaron pidiendo al Ing. Contreras que haga una declaración de apertura sobre los orígenes del Proyecto Taraco-Chijnaya.

Contreras: En Perú siempre han gobernado y/o han tenido mucha influencia los grandes propietarios, los dueños del dinero y ellos prácticamente impedían que se hicieran acciones que repercutieran directamente sobre el pueblo. En el caso de la Reforma Agraria lo podíamos hacer. Entonces es que yo tenía que aplicar la Reforma Agraria pero no podía hacerlo. Podría hacerlo, pero rápidamente me podrían sacar. Eso ocurría en todas las entidades públicas. Investigaban una manera de cómo se podría aplicar la Reforma Agraria sin levantar mucho polvo. Eso podría ser bien difícil. En la asamblea, de la Corporación en donde trabajaba, había representantes de los grandes hacendados y de los pequeños hacendados. Y todos ellos habían formado conjuntamente la influencia local. Entonces en ese contexto ocurrió la inundación de las comunidades cercana al lago. Entonces pensé: “esa es la manera de cómo se puede hacer la Reforma Agraria”. Porque había que hacer algo porque la inundación fue muy grande. Había ocupado gran parte del distrito de Taraco, que está cerca del lago Titicaca y cercano al río Ramis que llega también al lago. Entonces dije: “bueno, este es el programa para ayudar al campesino damnificado y así podríamos reubicarlos en otro lugar”. Ahora, nadie, ningún hacendado por pequeño o grande hubiera querido donar [Editor: o vender] sus tierras para la reubicación. El único recurso que me quedaba era la iglesia. Hablé directamente con el obispo de Puno [Editor: Julio González Ruíz] que era un obispo progresista no solamente en la parte religiosa sino también en la parte social. Me dijo que podía venderme tierras. ¿Y cómo me vas a pagar? Me preguntó. Le contesté: “te voy a pagar al contado, pero no a un precio exagerado”. Y propuse que el

precio que se podría pagar sería el precio del autoevalúo, que es el oficial para pagar los impuestos...y es un precio bajo. Y me dijo "Si, está bien." También puedo recibir ganado y lo cotizamos al precio de mercado. En ese momento, en el mercado el kilo de vaca estaba a 5 soles. Y aceptó inmediatamente. Me dijo: "toma cualquier fundo de la iglesia". En ese momento, la iglesia tenía muchos fundos, pequeños y medianos, y a veces tenían colonos y a veces no. Para ellos, eso era un problema. Con ese compromiso formalicé el proyecto en la Corporación. ¿En qué consistió el proyecto? En trasladar parte de la población al nuevo fundo, porque no podía trasladarse a todos. La Corporación no tenía tanto dinero. Tenía como para trasladar mil quinientas familias. Estas familias recibirían la tierra inmediatamente.

Se pagaría con el dinero de la Corporación al obispo y ellos posteriormente pagarían sus cuotas mensuales o anuales, de acuerdo con lo que producirían por el uso del terreno. Ese compromiso fue de todos los campesinos que habían sido afectados con la inundación. Ellos recibirían inmediatamente la tierra, con ese compromiso de pagar. Y aceptaron. Y la Corporación les daría además asistencia técnica y crédito para el trabajo agrícola. También se garantizaba que los terrenos que ellos tenían en el *área* del lago no serían tocados por la Corporación. Ellos quedarían en posesión como habían estado hasta ese momento. Si ellos querían utilizarlo, venderlo, entregarlo a sus familiares, era decisión de ellos. Y así fue. Nosotros organizamos (no la Corporación) un gran operativo para mudar a todas las familias afectadas por la inundación. Se hizo pues un trabajo realmente de emergencia, censando a las familias que estaban inundadas más cercanas al lago, las que podrían sufrir nuevas inundaciones, eran tres o cuatro comunidades.

En ese momento yo estuve buscando ayuda, ya que necesitaba de asistentes sociales para que fueran a ver cómo estaban las cosas y pudieran hacer algo, además del censo. Contábamos con técnicos agrícolas del Ministerio de Agricultura y los técnicos que tenía la Corporación. Este equipo, que no era muy grande, pero era muy comprometido, hizo ese trabajo. Y en la Escuela de Servicio Social que había en ese momento, fui a conversar con el director, y allí estaba el profesor Ralph Bolton. Fue allí donde lo conocí. Yo no me acordaba hasta que conversé con el Prof. Bolton. Y ya con ese refuerzo y habiendo conocido a Bolton y necesitando a un antropólogo -porque era absolutamente necesario un antropólogo-, hablé con él, y le dije lo que necesitaba. Bueno, me dijo, yo estoy acá. No me dijo si iba o no a cobrar, no me dijo nada. Nunca hablamos de dinero ni cosas así. Era urgente hacerlo y había que hacerlo. Y en la Corporación no podían aceptar más personal del que ya tenían.

Presenté el proyecto a la asamblea de la Corporación, y la Corporación la aceptó, sin una coma de cambio. Se dieron cuenta de que algo se tenía que hacer ya que la Corporación representaba a diversos sectores. Por eso no hubo ningún desacuerdo en ese momento. Y después tampoco. Los delegados campesinos acogieron con mucha satisfacción y los demás delegados también, todos aceptaron. El precio fue bueno por supuesto. Aprobaron el presupuesto y lo único que había que hacer después era escribir que se había hecho la investigación antropológica. Hubo mucha promoción, las personas iban ofreciendo el programa. En principio hubo gran entusiasmo. La gente tenía expectativa y creía que se podía hacer. Y yo tenía esperanza de conseguir por lo menos seiscientos, ochocientos, campesinos. Sin embargo, cuando se hizo la descripción solo llegaron setenta y cuatro familias.

Yo insistí con la gente de que era una oportunidad, que ellos no perdían nada, que no tenían que poner nada inmediatamente, que el préstamo se pagaría cuando logran producir. Y bueno pues, como no había más inscritos y viendo que no podíamos convocar a más, nos venimos con las setenta y cuatro familias. No inmediatamente todas

las familias. Vinieron primero los jefes de familia. Un día unos, después otros, en otro día. Y, como ya teníamos la experiencia de cuando en un primer momento fuimos a ver los terrenos con los setenta y cuatro, fuimos con un camión. Eran los terrenos de la iglesia y no teníamos por qué pedir permiso a nadie para entrar. Esos terrenos estaban desocupados por años, nadie había cultivado, nadie allí había trabajado. No tenía peones, no tenía colonos, no tenía nada. Y era más grande que Chijnaya. Sin embargo, cuando fuimos llegando en camión, la gente cercana miró el terreno y les gustó. Para mí fue una preocupación muy grande porque el estado estuvo envuelto también. Por este lado, venía nuestro grupo y por el otro lado venía otro grupo. Lo que yo no quería es que se acercaran mucho estos grupos porque se podían golpear. Así que envié a unas personas para que le dijeran, a ese grupo que llegaba, para conversar. Cuando llegó el momento de conversar, les expliqué que se pidió al obispo que nos vendiera el terreno y el obispo había decidido dárnoslo a nosotros, pero ellos pensaron que les estaban robando el terreno, y pidieron que se lo vendieran a ellos porque ellos consideraban que tenían el derecho a que se les venda.

Yo no podía decir nada. Porque si el obispo quería, se lo podía vender a ellos. Comentaron, que de ninguna manera ellos aceptarían que ingresemos a esos terrenos. Entonces, dije a Gregorio, un compañero: mira, saca al grupo y voy hablando con ellos. Cuando salga el camión, que se quede adelante y el auto de la Corporación que se quede atrás de ellos. Yo me quedaré con mi carro esperándolos, pues la gente está muy fastidiosa. En esas condiciones la Corporación se quedó estacionada en la carretera. Y cuando ya todos se venían para acá, yo me subí a mi carro, a la tolva, y ya parado, les dije: bueno, bueno, yo soy un representante de la Corporación. Yo no soy un cualquiera, soy un ingeniero tal y tengo el encargo de hacer los planes de la Corporación. Lo que sugiero es que una comisión de acá vaya mañana temprano a la Corporación y en la Corporación, vamos a conversar con quien les representes. Aquí, en el estado en que nos encontramos, no podemos de ninguna manera conversar. Pero yo ya había hecho la contraseña y el camión comenzó a subir y comenzó a subir también la camioneta. Y desde lejos empezaron a tirar piedras.

Entonces, lo que pasó es que aquí [Editor: la zona alrededor de Chijnaya] nadie supo que el obispo nos había vendido la hacienda de Chijnaya. Todo fue en secreto para que no hubiera enfrentamiento con uno u otro lado. Vino el obispo con su título, con todo. Fueron seis en la ceremonia de entrega de la tierra y nadie nunca supo nada. El obispo vino con el alcalde y con el gobernador sin decirles para qué era. Nadie sabía que el obispo estaba acá y que íbamos a tener una ceremonia Y llevamos también al sacerdote y él dijo: ¿para qué es? Allá va a decirlo el obispo. E hicimos la reunión con ellos, se hizo el documento del evento. Y se hizo la entrega de la tierra. Ya luego entró la gente de Pucará, de Taraco. Porque nosotros los habíamos hecho venir con sus alimentos, etc., en un camión, todos juntos. Y llegaron acá y esa noche se quedaron, siete u ocho, con sus colchas que tiraron sobre la piedra para poder dormir. Habían traído ropa de abrigo, y a la mañana siguiente comenzaron a trabajar, a limpiar el terreno.

Para eso ya habíamos pedido un arquitecto al gobierno alemán, un técnico en vivienda rural. Llegó un arquitecto con su esposa, ya los dos mayores como de sesenta años. Y él contó que se había formado un equipo muy grande en Alemania para ayudar, reconocido por el gobierno alemán. Nosotros lo pedimos hoy y cinco días después ya estaban aquí, porque pedimos de urgencia. El hombre sabía realmente de vivienda rural. Entonces, él dijo: he mirado lo que ustedes tienen en Taraco, sus casas, y voy a empezar un modelo basado en eso. Voy a corregir algunas cosas que yo creo deben ser e inmediatamente les traigo la maqueta y el plano. Si a ustedes no les gusta algo, lo que

sea, me lo dicen y yo al día siguiente, estoy mostrándolo ajustado. Y así trabajaba. Y fueron diciendo: no, esta parte no nos gusta, queremos que sea más grande, que haya un sitio en donde estarán los animales, etc. Luego de las modificaciones, que todos aceptaron inmediatamente, se comenzó la construcción de las casas, con el acuerdo de que nadie iba a construir su casa individualmente. Todos iban a construir las casas de todos, en común. Además, cuando estuviera lista la primera casa, se iba a hacer un sorteo para ver quién la iba a ocupar. Y tenía que ser así, porque si no, hubiera sido terrible la distribución, para no aumentar el individualismo de las personas. Entonces no se mandaron por su propia cuenta, sino que todo lo hicieron en conjunto, para apurar también y que pudieran venir todos.

En cuanto se hicieron la primera casa y la segunda casa, se hizo el sorteo y entonces ya pudieron venir las familias de los sorteados. Y así fue poblándose poco a poco el lugar. Cuando se terminó la construcción de las casas, se comenzó a pensar en el campo. Qué se iba a hacer en el campo, qué se iba a sembrar, qué se iba a cosechar, qué animales iban a tener y la colaboración de la gente iba a ser en ganadería, porque ellos habían hecho ganadería siempre y sabían muy bien hacerlo. El técnico de la Corporación llegó inmediatamente y comenzó a conversar con la gente, conocer qué es lo que se iba a sembrar y por qué. Entonces, se inició un proceso educativo para explicarles lo que se podría sembrar y debía sembrarse y no aquello que podían hacer, como, por ejemplo, papas, ¿no? Luego se pensaría en papas ya como una producción comercial, pero mientras tanto el que quería podía sembrar sus propias papas. Pero cuando hay heladas fuertes, se acabó la cosecha de la papa y se pierde todo lo invertido: abono, tiempo trabajado en la tierra, todo. Entonces el técnico propuso la siembra de avena de cebada, de quinua, de cañihua, y de esa manera iban a tener también alimentación y productos para vender.

Yo dejé Chijnaya en este punto. El resto de lo que pasó después, no lo viví. Creo que dos años después, regresé. Vine en auto, llegué en la mañana y recorrí las casas. Ya habían construido la escuela que existe ahora. La escuela y las casas fue lo primero que pidieron hacer los campesinos. Construyeron esta escuela que ahora sigue siendo un modelo. Está muy bien conservada. Hicieron la pizarra tan grande como la pared. Y tan baja para que los alumnos pudieran escribir ahí con su tiza. Y tan alta como para que el maestro también pudiera escribir. Eso era una novedad por acá. Y vi también la conservación del heno de avena y de cebada. Y me llamó la atención porque era aún más alto de lo normal. No tuve tiempo de visitar más porque ya tenía que regresar y me despedí de la gente. Ya desde esa época no volvía a venir acá. Eso es lo que puedo contar respecto de la creación de Chijnaya.

No era que hubiera una cooperativa, la cooperativa para mí era un sistema ya con poco énfasis. La cooperativa era una buena idea: se juntan los aportes de cada uno, se tiene una cantidad y se establece un almacén de alimentos, por ejemplo. Las ganancias del manejo de ese almacén no se entregan y crece la cooperativa y tiene posibilidad de vender a un precio justo. Pero eso no alcanza a todo el país ya que se tiene alimentación diversificada, siendo que en la zona andina no se dependía del pan, se dependía más de la papa que del pan. Ahora es distinto, ya ha cambiado. ¿Por qué? Porque la gran importación de harina de Argentina, de Estados Unidos, de Europa, ha permitido tener un alimento relativamente barato. Entonces ahora la gente come pan, papa, y harina a través del pan. Se ha acostumbrado tanto a comer el pan y fideos que viene a ser para Lima el alimento principal al igual que el pollo. Bueno, en esas condiciones no entra la cooperativa, donde todos pueden trabajar un área completa, trabajar por igual y todos reciben un salario, y cuando se cosecha, parte va a quedar de alimento para la comunidad, y otra parte se

va a vender. Se comenzó con poner créditos, y hacer ahorro, para tener fondos para la próxima siembra, y si se necesitaba más crédito, bueno, se tomaba más crédito. Y esa era la idea principal. No era una idea política, era una idea socioeconómica, adaptada a la circunstancia, no era una copia de trabajo inca. No era una copia de eso. Tampoco era una copia del traslado que hicieron los incas de la población de un lado a otro. Porque los incas decidían quienes debían ir a otro lado, y se iban. A nadie le preguntaban si quería irse o no. Claro que yo pensaba en algún tipo de asociación que tuviera algo que ver con eso, pero no era una copia, de ninguna manera. Hasta ahí, es lo que puedo decir, podría agregar unas cosas, pero hoy estoy con la memoria atrasada.

Entrevistadoras: ¿Usted puede elaborar por qué y cómo ustedes necesitaban la ayuda de un antropólogo?

Contreras: ahhhh, muy importante. Comencé trabajando con campesinos de la sierra. Solamente trabajaba con campesinos de la sierra, con un antropólogo, Dr. Mario Vázquez y el Instituto Indigenista de Perú. Con él estuvimos haciendo investigación socioeconómica. Investigación social, pero a la vez económica. El Dr. Vázquez hacía las dos cosas. Pero después que nos conocimos, conversamos y me dijo: “necesito un agrónomo para que haga la parte económica”. Entonces, empecé a trabajar con él en el Instituto Indigenista, en prueba por tres meses, y con el director del Instituto, que era el Dr. Monge, una autoridad médica mundial, porque había hecho los estudios de médicos, de la vida en altura y su casa estaba llena de diplomas de todas las academias científicas del mundo: China, Rusia, Estados Unidos, Inglaterra. Estaba muy orgulloso del trabajo que estaban haciendo en el Instituto Indigenista. Acordamos que, en un tiempo de tres meses, lo único que podían pagar eran viáticos, alimentos, pasaje, hotel y todo. Así que empecé a trabajar. Y si para llegar a un sitio no hay vehículo, pero hay caballo, ahí voy a caballo. Y así fue. Tuvimos varias misiones, muy interesantes.

Eso es lo que a mí me dio el conocimiento de lo que era la vida en el campo, de la vida campesina. Y tenía al lado a un antropólogo, y uno de los mejores antropólogos del país, que me fue explicando todas las situaciones. Cuando regresábamos de las misiones, presentábamos nuestro informe y le gustó al Dr. Monge y a mí me gustó el trabajo. Le dije al doctor que sí, quería quedarme. Bueno, bueno, me dijo, voy a ver qué te puedo pagar porque no tengo presupuesto. Le dije: “no se preocupe, no tengo problema”. Pues yo era solo, soltero. Así que tuvimos trabajo muy intenso con el Dr. Monge y con el Dr. Mario Vázquez. En esta etapa, conocí en la Universidad de Cusco a un profesor que también era estudioso del ámbito agrícola en el Cusco. *De modo* que cuando se dio la oportunidad, la Universidad de Cusco hizo un acuerdo con el Instituto Indigenista para un proyecto sobre cambio en la sociedad cuzqueña campesina. Y fue muy interesante. Y empecé a trabajar con este Dr. -que no recuerdo su nombre y ya murió, cuzqueño, de la universidad de Cusco [Editor: Dr. Óscar Núñez del Prado]. Y fue de lo más interesante. Yo aprendí mucho. Necesitaba de un antropólogo porque la parte humana tiene que ver con ellos. Yo podía avanzar la parte técnica, y tenía alguna experiencia de la parte humana, que nunca había visto, y nunca me interesó, hasta que llegué al Instituto Indigenista, y tomé conciencia de lo que era el estudio antropológico del hombre para poder saber en qué fallaba y cómo podríamos ayudarlo. Suerte que estuvo Bolton porque yo me fui de la comunidad y él la dirigió. Proponía hacer algo. Y se discutía entre todos. “Ustedes van a decidir, nosotros no”, él decía. Y los campesinos habían quedado conformes. Se presentaban proyectos “lo que podría hacer si yo quisiera”. Esa fue la forma, y nadie mejor que Bolton que podría hacer ese trabajo. Ese es el éxito: Que nosotros acá no impusimos nada, no hubo ninguna imposición. Aquí tenemos esto, ¿qué les parece? ¡Si! ¡Qué bonito! ¿Por qué bonito? ¿Y por qué le gusta y por qué no le gusta? En esa forma

se ha desarrollado este programa. Y creo que es una gran parte del éxito. La otra gran parte del éxito fue la voluntad inicial de esa gente de querer cambiar. De otro modo, si ellos no hubieran querido cambiar, se hubieran quedado allá. Como se quedaron los otros. No estaban contentos ahí, pero no querían cambiar, tenían miedo, tenían temor. Y ya ve usted que han terminado por sentirse dueños de sí mismos. De una situación de explotación, han pasado a una situación de libertad. De libertad donde ellos son los dueños de su decisión. Y la verdad es que, creo que eso fue lo más importante. Y como acá no se impuso nada, hoy tenemos un pueblo que sí puede decidir. Y hoy tenemos un pueblo, claro, con muchos ofrecimientos de actividad artesanal, para poder tener un resultado económico de la gente, como las mujeres, como los adultos, muy adultos, que sabían que tenían la oportunidad de hacer algo, de hacer esta artesanía. Sin Bolton no hubieran podido conseguirlo porque él tenía los enlaces en Estados Unidos. Tenía las ideas también de las artesanías. No hacer lo que ya estaba hecho, lo que ya se hacía, lo que se conocía, sino hacer algo nuevo. Me acuerdo, por ejemplo, dibujos y bordados hechos por niños. Y eso tuvo mucho éxito en Estados Unidos. Porque sabían que era niños y sabían que era niños de este barrio pobre.

La salud de la gente también ha mejorado notablemente. La vivienda es como aquellas de cuando vivían en Taraco, mejoradas. Sobre el régimen del alimento que ellos tenían, hay que avanzar un poco más todavía, ahora hay que avanzar con la crianza animal. Hay que mejorar los ganados porque son ganados de poca producción, en esta altura y con este frío, se pueden tener los mismos resultados, con la misma raza de ganado que se tiene en los Estados Unidos, en Europa, vamos a llegar a eso. Pero, diez litros por día, ahora es bien poco. Ha subido sobre los promedios de vacas chuscas que tenían en Taraco, en Ilave o en Chucuito, que llegaban a cinco litros por día. O sea que ha aumentado en cien por ciento por día, pero no es suficiente. Para poder tener un ingreso más sólido ellos deben enfocarse en la producción y ya algo han comenzado a hacer.

Por ejemplo, los cobertizos para la noche. Ya eso es un avance grande en este clima. Pero hay que llegar al establo tipo norteamericano, tipo europeo, tipo argentino, tipo uruguayo, en donde los animales gran parte del año van a pasar en el establo, duermen en el establo, y se les pone su cama de paja. Eso impide que el animal pierda energía resistiendo al frío y esa energía se dirige a la producción de leche. La inseminación artificial debe ser una cosa general para evitar que *haya* cruzamiento entre padres, hijas, nietas, eso no debe ser. Aquí ya debería de haber un reproductor. Y un reproductor come, pero no da leche. Entonces, hay ya en Perú una gran aceptación general, en todo el país, por la inseminación artificial. Y con animales de gran valor genético, de manera que este animal va a permitir a estas vaquitas que, de producir diez litros por día, produzcan treinta. Bueno, que quede en quince litros por día, significa, un cincuenta por ciento más de producción. Con esa producción, entonces, si se puede hacer una venta de queso mucho más grande. Una ganancia mejor también.

Otra cosa que se sugiere como cosa interesante para el futuro, debe ser el centro de producción, para comprar toda la leche que se produce en las zonas cercanas. Se compra una pequeña moto carga para recoger la leche, por ejemplo, de allá al fondo, que ahora vienen caminando las mujeres con su balde. Algunas vienen en bicicleta, pero este tránsito de los que no tienen bicicleta es duro. Pero peor es todavía cuando de los alrededores también traen leche, más lejos aún. Entonces, puede ser que algún día se cansen de este tránsito. Entonces, esa moto carga podría ir a recoger la leche de esos alrededores. Y habría más gente que estuviera dispuesta a entregar más leche. O se busca de hacer un centro de *acopio* cercano a todos ellos, o en la moto carga se va a todos.

Entonces, ellos tendrían una mayor cantidad de leche por mayor cantidad de gente. Y yo calculo que, si se toma un gran parte de la leche de los alrededores, esto quedaría totalmente chico. Porque ahora está bien, es suficiente para la cantidad de leche que hay, tienen una sola elaboración por día.

Entonces hay que recoger más de una vez para mejorar mucho la producción de queso. Que además no es cualquier producción de queso. Ustedes lo han comido. El queso es el tipo nacional que se produce en todo el país. Este es el mejor queso que hay, es agradable, fácil de cortar como cualquier queso de otros tipos, y no es caro. En este caso este queso ya tiene su fama. Tanta es la fama que hay personas que ya han comenzado a robar la marca. Este es otro problema que hay que ver. Porque hay un instituto que defiende la marca, que puede intervenir, y cortar esta situación. Y si dicen que no importaría que van a vender el queso con marca robada, ¿cómo queda el prestigio del producto? Porque la gente compra marca, pero que pasaría si para la marca de Chijmaya la gente empiece a decir: “No, ese no sirve, no voy a comer.” Hay que intentar nuevamente la venta a los supermarkets. Hay ya en Lima una cantidad de supermarkets establecidos, que es lo suficiente como para que puedan comprar el queso en una buena cantidad. ¿qué otra cosa? ¿producción de futuro? [Editor: véase Bolton, Aguirre-Torres e Eriksen 2019, 2020.]

Entrevistadoras: Podemos hablar de eso mañana, porque es muy interesante y queremos tener más tiempo para escucharlo.

Contreras: Oh, sí, sí, sí, por supuesto...

Segundo día:

Entrevistadoras: Tenemos unas preguntas sobre su juventud.

Contreras: Ohh. Ya no recuerdo bien.

Entrevistadoras: ¿Pero, donde pasaba su juventud?

Contreras: Yo nací en Lima, en un barrio cercano al centro de Lima. Y después estuvimos en varios distritos más alejados. Mi inicial, primaria y secundaria se hicieron en La Victoria. Inicial lo hice en un colegio de monjas que estaba cerca de la casa y todos mis hermanos y yo aprendimos a leer y a escribir allí. Estaba en primer grado y mi hermano, un año mayor que yo, pasó al segundo grado, pero yo, que había estudiado junto con él, no pasaba porque no sabía escribir a mano. ¿Qué pasaba? Que mi tía, que era secretaria, me dejaba la máquina de escribir y yo no quería agarrar el lápiz, sino que quería usar la máquina. Mi tía, me decía, mira, aquí está la letra zeta, y marcaba la zeta. Y así aprendí a escribir en la máquina. Luego, cuando pasamos al colegio primario, me recibieron en primer año. Este fue un colegio particular, cercano también a la casa. Y terminé la primaria allí, y luego pasé a secundaria. Repetí el tercer año de secundaria, porque no me gustaban los profesores. Cuando me sacaban a dar un examen, no contestaba. No sé, no sé, no sé, decía. Y al año siguiente ya no fui a ese colegio. Me matriculé en un colegio nacional, del estado. Y allí sí terminé la secundaria.

De allí yo debía ir a la facultad de agronomía que se llama en ese momento Escuela de Agricultura. Era muy especial el sistema que había allí para ingresar porque la Escuela de Ingenieros Agrónomos era una escuela muy selecta. Se tomaba examen de ingreso. Pero, al final, el director era el que seleccionaba los alumnos mirando detrás de una ventana para seleccionarlos. Y ¿cuál era su idea? Pues era racista. “Ese negro va a entrar y a ganar a todos en los exámenes. ¿Pero, vamos a tener a un negro en la universidad? ¡No!”. Y se acabó. O sea que seleccionaba a la gente mestiza, pero que tenía un estatus en la sociedad, que eran realmente hijos de hacendados, hijos de agricultores, ellos no tenían ningún problema, podían haber perdido el examen de ingreso, pero ingresaban. Pero un chino, un japonés, un negro, no. Ése era el régimen. Yo no quise estudiar allí.

¿Pero, por qué no? Bueno, yo tenía alguna influencia porque mi padre era marino de la armada peruana y bueno, yo me presento, pero si al director no le gusto, ¿voy a perder el tiempo? No. Es así como me pongo a trabajar y empiezo a juntar plata. Trabajé dos años, y a los dos años, ya tenía la plata suficiente para viajar a Argentina donde yo quería estudiar. Solo tenía que llevar los certificados de estudios de Perú. Y con esos certificados ingresaba directamente a la Universidad de La Plata.

Entrevistadoras: ¿En Argentina?

Contreras: Si. Así que fui allá. Pero necesitaba el permiso de mi padre, porque a los dieciocho años, aún no eras mayor de edad en esa época. Se era mayor de edad a los veintiún años. Entonces, le dije a mi papá que ya tenía todo listo y que me iba a estudiar a Argentina. Y mi papá riendo, me dijo: ¿Así? ¿tendrás plata? Y le dije: “Si, tengo plata.” Y mi padre: ¿qué es lo que se requiere? Y yo: “Pues, nada más el permiso tuyo. Porque tengo hasta el pasaporte”. Mi padre: “Tráeme el papel”. Yo: “Si, aquí está”. Ya tenía todo preparado. Incluso compré mi pasaje, en la tercera clase de un barco, para ir a Chile. Desde allí tomaba un ferrocarril para pasar a Argentina y llegar a Buenos Aires.

Y cuando ya estaba listo para partir, un día antes, se acercó mi padre y me dice “Bueno, con tu mamá hemos hablado y te vamos a pasar una pensión mensual”. Dije bueno, porque la moneda peruana valía en ese tiempo, mucho más que la moneda argentina. Y entonces, la vida en Argentina era baratísima. La universidad tenía un comedor, que prácticamente era gratis porque lo que se pagaba eran centavos. Y la comida era muy buena, con mucha carne bien preparada. Tu venías con tu azafate y en una parte ponían la sopa y en la otra ponían el segundo plato y había dulces. Yo engordé, pues porque en Perú no se comía tanta carne. Y al año, en ese mismo año que estaba cursando los estudios, la universidad no funcionó, *por huelga*. Yo también formaba parte de la huelga porque no era peronista. Le dije a un amigo que iba conmigo: ¿qué hacemos? Porque se va a perder el año. Y lo perdimos, porque eran meses y meses y bueno finalmente me dijo “Mira, estoy pensando en ir a Brasil. ¿Y tú no piensas lo mismo?”. En realidad, si pensaba lo mismo. Así que los dos nos fuimos de Argentina.

Primero llegamos a Montevideo, capital de Uruguay. Y estábamos esperando el ómnibus (que salía al día siguiente) y me dijo: “Vámonos al parque botánico para conocer la flora de Uruguay”. Y como estábamos aburridos, pues nos fuimos, y estuvimos mirando todo lo que había allí, reconociendo las plantas. Cuando ya regresábamos, en el camino un señor Calvo, quien también estaba mirando las hojas, nos dice: “Qué bien que han venido al parque botánico.” “Sí, sí, sí”. Conversamos un poquito y nos preguntó: ¿ustedes, de dónde son?” “De Perú.” “Oh, de Perú”. ¿Y que han venido a hacer ustedes acá?” “Nada, estamos de paso y quisimos visitar el parque.” “Muy bien! ¿Y a dónde se van?” “Bueno, vamos a Sao Paulo, o a Río de Janeiro, a la facultad de agronomía.” “y por qué en lugar de ir a Sao Paulo, Brasil, y ya que están aquí, ¿Por qué no se quedan?” “No lo habíamos pensado, ya estamos decididos en ir a Sao Paulo.” Y dice: “Miren, aquí le dejo mi tarjeta.” Ni miramos la tarjeta en ese momento, solo la recibimos. Y nos dijo: “Mañana vengan y pregunten por el ingeniero Montón.” “Perfecto.” “Hasta mañana.” “Hasta mañana.” Cuando ya estábamos lejos de él, leímos la tarjeta, era el Ingeniero Montón, de la facultad de agronomía. Era la más alta autoridad de la facultad. Así que, ya con eso, le dije a mi amigo: “Y qué hacemos ahora?”. Este señor dice que hablemos con él, “¿A qué hora sale el ómnibus?” “No sé. Vamos a ver.” Y tempranito fuimos y conversamos con el Ing Montón. Nos dijo: “Aquí vienen todos a estudiar. Hoy mismo pueden inscribirse si desean”. No nos exigía ingreso, ni un examen, ni nada. Tanto nos habló que al final dijo: “Bueno, si quieren se inscriben ahorita mismo. Si se arrepienten, se van. Pero ya están inscritos. Si quieren volver, vuelven”. Así fue como nos quedamos.

Seis meses después, entra en huelga la facultad de agronomía. Las huelgas nos seguían como moscas. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Nos vamos a Brasil? No, no, me dijo mi compañero de estudios. Me quedo, pase lo que pase. Y nos quedamos.

Los cursos que se dictaban el primer año en Buenos Aires se hacían en el segundo año en Montevideo. Y había cursos que habíamos llevado en Buenos Aires. Como no nos servían para nada, pues eran previos a otras materias y con la huelga todo el año, en realidad perdimos dos años. Entramos al tercer año con todas las materias del segundo y primero año, era una locura. Y finalmente pudimos hacerlo. En total perdimos un año solamente en Montevideo, porque dimos los exámenes y llegamos a terminar. Solamente nos faltaba un año de práctica. Y el año de práctica lo realicé en un establecimiento agrícola del ingeniero Gonzalo Vidal, que era el profesor de economía agrícola, con quien yo había trabajado como ayudante de cátedra, no para la cátedra sino para organizar seminarios. Y como le tenía mucha confianza, le pedí para hacer la práctica. Sí, me dijo, está abierto. No te puedo pagar un sueldo, pero te voy a dar una propina para que puedas tener tu constancia. Terminando esa práctica me pidió si quería quedarme a trabajar allí, yo dije que sí. Nos pagaba poco, pero le dije que sí. Y allí me quedé dos años, el primer año de práctica y un año más pagado. Al final de ese año, pensaba en regresar a mi país. Me dijo: ¿Por qué no te quedas? “Tienes trabajo y puedes buscar otro”. Le dije: “No, no, ya quiero volver a mi país por lo menos un tiempo”. Eran ya diez años fuera de mi país. Así que me dijo el Ing.: “presenta tu informe, y me pides la promoción para dentro de un mes”.

En esa época, en Uruguay no se fijaban fechas estrictas de exámenes. El alumno pedía el examen para tal fecha, y la discutía con el profesor. El profesor me dijo: “Bueno, voy a ver si consulto con los otros dos miembros del jurado y si lo encuentran factible para ese día, ese día es el examen”. Entonces, ellos como profesores, no fijan la fecha sino nosotros los estudiantes. Curioso, ¿no? ¡Y así fue! Para hacer el último examen ya había presentado el informe, me lo habían aprobado y ya estábamos en los primeros días de diciembre. A mediados de diciembre di el examen y yo quería salir antes de navidad. Hablé con la secretaria de la universidad, y le dije que quería regresar a mi casa, antes del 25 de diciembre, ya sea el 23 o el 24 de diciembre”. Y me dijo: “Voy a consultar y esta tarde te doy el resultado”. Y en la tarde me dijo: “Bueno, tienes suerte porque hemos hablado con el decano y con el rector. Primero tendría que firmar el título el decano. Después el rector, y después, con las dos firmas, tú tendrías que firmar el título.” Lo que pasó fue que el rector decidió con el decano, que yo podía firmar el título en blanco. De modo que cuando el decano de la facultad de agronomía aprobara los papeles, el informe y yo el examen, recién allí firmaría el título. Cuando terminaron las firmas, ya no estaba en Montevideo, así que me enviaron el título a Lima. Era la “estrella de la universidad” pues nadie había antes firmado algún título así.

Llegué a Lima y pasé un tiempo, unos dos meses, descansando, conociendo, reconociendo. Viajé un poco. Hasta ese momento, yo de Lima o del Perú no sabía nada. De Lima los lugares que a diario recorría, y de la sierra, un poquito, la parte del recreo campestre. Así es que para mí fue nuevo viajar por carretera, fui a ver a mi hermana que estaba casada y estaba viviendo en el norte. Así que pasé varios días con ella. Conocí un poquitito la selva, que no me gustó, porque hacía mucho calor. Luego volví y comencé a buscar trabajo. Había muchos trabajos, pero todos en hacienda. Yo no quería trabajar en hacienda, pero finalmente acepté trabajar en una pequeña hacienda. El dueño de la hacienda, que era amigo de la familia, quería que yo tratase a la gente y que hiciera la explotación como hacendado y yo no era un hacendado. Además, allá (en Uruguay) había aprendido a trabajar con los peones, de modo de no maltratarlos.

Pero aquí no, aquí había que gritar, había que insultar, había que exigir. Y para el dueño de la hacienda, los peones eran ladrones. Estuve dos meses y medio hasta que terminó la cosecha de algodón. No pude aguantar. Y lo que les pagaban a los peones no era su ponderativo. Eso ya fue el cincuenta y seis, casi al fin del año.

En ese tiempo vi un aviso del SCIPA, Servicio Cooperativo Interamericano de Producción de Alimentos que trabajaba con el gobierno de los Estados Unidos. Pedían inscripción para hacer un curso de tres meses, y después de ese curso, los mejores iban a ser contratados nombrados para plazas en distintos lugares del país, para crédito agrícola supervisado. Me presenté y con las justas logré inscribirme. Comenzamos el curso de tres meses en noviembre, diciembre, y enero, y por tres lugares del país que eran típicos. Durante todo el curso, nos calificarían y de los treinta que habíamos iniciado el curso solo quedarían quince. Y salí en el primer puesto. A todos les llamó la atención porque yo venía de Uruguay y no sabía mucho de Perú. En verdad, no sabía nada. Y los otros que llevaron el curso decían: ¿cómo le han podido dar el primer puesto? Yo no tenía la culpa. Yo no conocía a los jurados, no conocía a nadie. Y después el grupo preguntó a los jurados qué conocimientos tenía yo para haber salido en primer lugar. En ese momento estaba ahí, en el jurado, el Dr. Mario Vázquez. Ese antropólogo que les he dicho que era extraordinario, que hizo un proyecto en una hacienda en Ancash, donde también trabajó Bolton [Editor: Contreras se equivocó acá; Bolton conocía algunos antropólogos que trabajaban en Vicos, pero él mismo nunca trabajó en el Proyecto Cornell-Perú.] Él se levantó y dijo: “en la discusión, cuando lo llamaron le hicieron preguntas y él dijo: -Yo pienso que este curso nunca se hubiese llamado de Producción de Alimentos, porque los alimentos ¿para quién son? Son para los campesinos, para los productores agrícola. Y aquí están destinando todo lo que se hace. Y se debe buscar elevar el nivel de vida del productor agrícola. Porque es el último escalón de la población-”. Y el jurado preguntó: ¿Cómo llamarías tú al curso: ¿desarrollo del campesino? Y entonces el antropólogo que estuvo escuchando al jurado comentó que los había convencido. Entre todos acordaron que yo era el primero. Así comencé a trabajar allí.

En ese tiempo me mandaron a Puno, a Ilave, al sur de Puno para hacer créditos supervisados. Ahí me di cuenta del valor del campesino puneño, en honradez, responsabilidad, porque esa gente había tenido una sequía, y llegó el crédito justamente para darles la oportunidad de hacer nuevas siembras. Y yo pensaba que les habían dado una cantidad más o menos grande, no no no. El crédito había sido, el más chico, veinte soles, el más grande, cincuenta soles. ¿Y para qué? Para comprar abono, insecticida, semilla. La sequía había acabado con todas las semillas. Lo habían perdido todo y cuando yo llegué ya habían empezado a cobrarles, con interés bajo, como uno o dos por ciento. Cuando llegué me dieron una camioneta, y me dijeron que tenía que trabajar en la pampa de Ilave, en la población en minifundio. Y en todos los casos en minifundio extremo. Cuando llegué a las siete había una cola inmensa, parecía una serpiente. Yo pregunté: “Y esto, ¿qué es? Entonces se fueron acercando los que estaban primero e inmediatamente saqué los papeles, los recibos, la relación de nombres que tenía, y comenzaron a pasar. Cada uno pagaba un sol, un sol cincuenta, dos soles. Iban pagando por partes. Y terminaron de pagar toda la deuda. Por eso digo que allí comencé a conocer al campesino puneño.

Se fue el jefe de nosotros que era un ingeniero peruano y trajeron a otro. Y cuando pregunté quién era el nuevo jefe, me dijeron que era un ingeniero cubano. ¿Qué ha hecho antes? Nada. ¿Ha sido técnico de una hacienda, administrador de una hacienda, sabe de créditos supervisados, de créditos a pequeños agricultores? Nada. Yo propuse que fuéramos a ver al jefe norteamericano a cargo de Puno [Editor: probablemente el

antropólogo William Blanchard], para decirle: ¿por qué nos ponen a un jefe que no tiene ninguna experiencia cuando aquí somos nueve agrónomos y otros tienen hasta más de un año de experiencia? Cualquiera de ellos hubiera podido ser el jefe. O, podía venir de afuera una persona especializada. Entonces, yo propuse que renunciemos todos y todos aceptaron. Y nos vamos inmediatamente de Puno. Entonces decididos todos a renunciar al programa. Nos pidieron una razón. “Si ahora, que acabamos de entrar, nos ponen a un jefe que no sabe nada de crédito, ¿qué puedo yo esperar para dentro de cinco años para ascender?”. En mi caso, no quería quedarme ahí de segundo. Yo aspiraba a tener alguna vez una dirección o jefatura. Bueno, pasamos por caja para que nos paguen lo que nos debían y nos fuimos. No sé qué pasó después. Nosotros nos fuimos.

De ahí volví a Lima. En este tiempo, Mario Vázquez estaba en el Instituto Indigenista Peruano. Y nos encontramos: ¿Qué estás haciendo acá? Me dijo. ¿Por qué no querías estar en Puno? Porque me golpeé, le dije. Bueno, me dice, vente inmediatamente porque te estamos necesitando en el Instituto Indigenista. Te voy a presentar al jefe que es el Dr. Monge. Conversamos con el Dr. Monge, y me dijo: “necesitamos una persona como tú”. Pero, en principio, yo no tengo el sueldo que desearía pagarte. No me dé sueldo, Doctor. Y me explicó que es lo que querían que haga, que es lo que necesitaba el Instituto. Inmediatamente con Mario Vázquez comencé a trabajar, él hacía los estudios socioeconómicos, la parte social, antropológica, y yo la parte técnica. Yo solo pedí un buen medio de transporte: donde hay avión, viajo en avión; donde hay autobús, viajo en autobús, o en ferrocarril, o a caballo, no había problema. Y con viáticos. El Dr. se sonrió y me dijo: “Primera vez que veo que trabajan gratis”. No es tan gratis porque iban a pagarme todos los gastos.

Comencé a trabajar en misiones con Mario. Misiones importantes, porque había habido una ocupación de hacienda de los militares, muy grande. Aparte los dueños tenían otras haciendas. Y llegamos a esta investigación, y de alguna manera evitamos que los interesados políticos, levantaran a todas las comunidades. Y eso le gustó mucho al Dr. Monge, porque queríamos iniciar una reforma agraria. Comprando el terreno a los propietarios, aunque ellos no quisieran vender, a pesar de que los campesinos levantados habían matado el ganado fino, traído de Argentina, de Inglaterra, y se lo habían comido.

Había una ley, por la cual el gobierno peruano compraba terrenos, pagaba a los dueños del fundo, los precios oficiales, y repartía la tierra entre los campesinos que estaban en la hacienda. La cosa de la ocupación de haciendas iba a obligar a la Reforma Agraria, aunque no quisiera el hacendado. Y así ocurrió. Y con la primera ley de la Reforma Agraria, no pasó nada, pero con la segunda ley que era del gobierno revolucionario de las fuerzas armadas -así lo llamó el General Velasco-, iba con todo el ímpetu y se afectaron haciendas muy grandes, haciendas grandes, haciendas medianas, y las haciendas pequeñas no fueron afectadas. Y se hizo de manera que incluyó a las grandes haciendas de la costa y de la sierra. Pero este sistema falló. Por motivos políticos y porque se le dio al agricultor la tierra, pero no se le dio tractores, semillas, abonos, y asistencia técnica. Entonces, quedaron solos, y así, cómo podían desarrollarse solos. Ese fue el error en muchos casos de la Reforma Agraria. Algún día tenía que deshacerse la gran influencia que tenían los propietarios de tierra, sobre todo los grandes propietarios, no sólo en la economía sino también en la política. Y eran los grandes personajes que cedían al Perú por cualquier cosa y tenían gran influencia sobre el gobierno. Pero ese proyecto fracasó, por esa gran influencia que todavía les quedaba.

Cuando llegó el nuevo presidente, democrático, elegido, cortó la Reforma Agraria. Pero ya había sido entregada la tierra a los campesinos. Y para remate al gobierno militar

no les dio la gana a pagar a los hacendados. No les dieron un centavo. A algunos les dieron, porque tenían sus amigos. Pero no a todos. De modo que hasta ahora están reclamando el pago de sus tierras. La Reforma Agraria fue en el año setenta [Editor: se declaró en 1969], ya más de cincuenta años de reclamo. Bueno, pero era la culpa de ellos, por el tratamiento que se daba, sobre todo las haciendas de la sierra, era terrible. Se pagaban centavos por el día de trabajo y estaban obligados a estar en la hacienda por tiempo ilimitado, como personal para que trabaje en la casa, para que fuesen sirvientes de la casa. Yo vi que las haciendas medianas y grandes llegaban a veces a pagar hasta cincuenta centavos, pero eran muy maltratados. Ellos mismos tenían que hacerse sus casas. El hacendado lo único que ponía era la tierra. Ellos hicieron desde los adobes, y se ocuparon de todo. Y cuando el hacendado quería, les decía que podían hacer sus casas al otro lado, y se quedaba con los terrenos que habían mejorado.

En la costa era más o menos parecido, aunque mejor porque el salario era mayor. Pero en la costa hubo una acción política que congregó a los campesinos a unirse y reclamar. Entonces ellos tuvieron la idea de reclamar asociados a través de los partidos. Y consiguieron algunas cosas, como por ejemplo mejores viviendas, iluminación eléctrica, aumento de salarios. Eso lo consiguieron por la acción del sindicato. Los dueños de la hacienda para exportar el azúcar tenían sus propios puertos. Y si querían, pagaban impuestos, y si no querían, no los pagaban. Así era. Nadie sabía cuántas toneladas de azúcar salían de las haciendas. Porque el barco llegaba a su muelle y comenzaban a cargar el azúcar en el barco. Ese era el poder que tenían los grandes hacendados. Y con lo que ganaban tenían posibilidad de decir a los trabajadores: ustedes van a ganar tanto y yo voy a exigir algunas cosas más. Van a ganar más, para tener un mejor medio de vida. Bueno, todo eso se acabó. Mucha gente dijo que la Reforma Agraria fue un fracaso. ¡Claro que fue un fracaso! Cuando los cooperativizaron, no les enseñaron primero qué era una cooperativa. Y segundo, la cooperativa exigía determinados estándares de producción, de trabajo, de responsabilidad. Cuando se hizo la Reforma Agraria automáticamente se entregó la tierra y todo era una cooperativa, ¿Qué entendió la gente? Así sea cooperativa, nosotros somos los dueños. Y si somos los dueños podemos hacer lo que queremos. Nos aumentamos el sueldo, y se aumentaron el sueldo. Si queremos vamos a trabajar, y si no queremos, no vamos a trabajar, y la producción bajó. Y la gente comenzó a comprar motocicletas, autos, muebles. Gastaron la plata que le comenzó a dar la cooperativa. Eso fue un desastre por el descuido que hubo. Primero, debían de escoger cuál iba a ser el medio más apropiado para que la gente siguiera trabajando. Frente a una propiedad que era de ellos, indudablemente, tenían sus títulos, pero tenían la responsabilidad de seguir trabajando, para ellos mismos.

Entrevistadoras: ¿Y entonces, por eso fracasó las cooperativas y ustedes decidieron usar otra forma acá?

Contreras: No exactamente. Yo entendía que la cooperativa no era el medio. Crear un programa que realzara la naturaleza del hombre, el hombre como sujeto principal. El hombre es un medio para desarrollar la agricultura. Eso lo que quisieron hacer antes. Siempre entendí que la cooperativa no era un medio. Con los años hubo un gran movimiento cooperativo de crédito en el país. Impresionante. Fue tan grande que en todas partes del mundo se tomó como ejemplo la cooperativo de crédito Santa Elisa, que ahora ya no existe. No existe desde hace tiempo. Esta cooperativa fue un ejemplo para el mundo. ¿Por qué ya no existe? Porque la cooperativa debía haber sido para mejorar la economía. No para gastar la plata de la cooperativa construyendo casas. Todos necesitamos una casa. Y si era una cooperativa de ese tipo, perfecto. Darle a quien le falta la casa, no a quien ya tiene una casa. Y entonces a los que ya tenían, querían una

casa más grande, elegante, bonita y la cooperativa les dio la plata. La cooperativa quería un dinero que se iba a ir revolviendo. Se aportaba, pero no para gastar sino para hacer un fondo común. Se presta, se paga, y así se va creciendo. Eso no se hizo.

Yo continué con el Instituto Indigenista, para trabajar en un proyecto de la Universidad de Cusco, y como ya conocía de antes al Dr. Núñez del Prado, que era el director del proyecto, me pidió con nombre y apellido así que fui al programa de salud y dieta. Para entrar a esa comunidad, para poder desarrollarla, había que coincidir en varios aspectos. Más del cincuenta por ciento de la población estaba de acuerdo. Teníamos un médico y se trajo un equipo para rayos X del ejército. Y le tomamos radiografía a todos. Para que la gente no tuviera miedo de lo que hacía este aparato, los primeros que entramos para tomar la radiografía fuimos nosotros, con el doctor, todos juntos con los campesinos. Cuando estábamos adelante ya teníamos una cola de veinte porque ya el doctor del Cusco había hecho una campaña ahí antes de que se ofreciera el programa. Y el programa consistía en mejorar la vivienda que era uno de los factores culpable de la tuberculosis. Ellos nos cedían sus casas, y una vez que estuviera arreglada esa casa, con pisos nuevos y todo, nosotros la ocupábamos por tres o cuatro meses. Al terminar esos cuatros meses entregábamos la casa.

Entrevistadoras: ¿Cuál fue la inspiración de usted para estudiar la ingeniería?

Contreras: Siempre quise trabajar en la tierra. Por eso elegí agronomía.

Entrevistadoras: Por...

Contreras: La agronomía no fue una inspiración del momento. Cuando tenía trece años tenía una huerta en mi casa y teníamos rabanitos, zanahoria, cebollas, apios. Yo dejaba de ir a la playa con la familia para quedarme en la casa y trabajar los domingos, porque mis hermanos eran muy fastidiosos. No me dejaban trabajar. Corrían por aquí y por allá, sacaban la malla. Entonces los domingos prefería pasarlo en la huerta. Y eso fue durante toda mi vida de estudiante de secundaria. Es en ese tiempo que pensé que tenía que ser agrónomo. De modo que me nació de chico. Y mi bisabuela que era la que me apoyaba más, porque mis padres casi no hacían nada en la huerta, pero la bisabuela, ya casi ciega se ponía en la puerta del jardín y yo trabajaba con la lampa. Me decía que tenía que sacar todas las piedrecitas porque las piedrecitas molestan a las raíces y no dejan que la planta crezca, pero que deje las chiquitas porque en las piedrecitas chiquitas se prenden las raíces. Así que los domingos la pasaba con ella. Y ella dirigía la casa, estando ciega, tenía ciento tres años. Y cuando terminé la secundaria decidí entrar a la universidad y como no había posibilidad o había una posibilidad remota e iba a perder tiempo, decidí ir a Argentina.

Y así fue, dos años me quedé para poder juntar dinero. En ese tiempo por supuesto que en Lima había una población menor, no llegaba a seiscientos mil habitantes, hoy son ocho millones. Entonces, no era difícil encontrar trabajo. Mi primer trabajo fue de almacenero en una fábrica de pinturas. Vi el aviso y me presenté y el mismo dueño estaba allí. Me dijo ¿Qué trabajo has hecho? Ningún trabajo, yo acabo de terminar la secundaria. ¿Crees que puedes hacer el trabajo del almacén? Miré en qué consistía el trabajo del almacén. Había un orden para poder ubicar rápidamente dónde estaban las cosas. Y para atender una compra, automáticamente tendría que saber si había una latita de octavo, de un cuarto, de media, de un galón, y lata grande de cinco galones. Me dijo: ¿Por qué no te quedas? Y mi primer sueldo fue de mil quinientos soles. Que era un buen sueldo en ese tiempo. El dólar estaba alrededor de cuatro cincuenta. En la primera semana vino el dueño a mirar lo que había hecho. Y se quedó impresionado, todos los colores estaban ordenados por color. Arriba de la lata le había puesto una pinturita para ver el color, y como a veces estaba llena de tierra las latitas, había que limpiarla para

poner el color. Muy bien, muy bien, me dijo el dueño, te consideraré para la próxima vez un aumento. Por eso he podido juntar plata en dos años.

Entrevistadoras: ¿Cómo ha estado conectado con esta población? ¿O no lo ha estado para nada?

Contreras: En realidad, mi primer encuentro con la gente de Chijnaya fue en Taraco. Y en el peor momento de la inundación.

Entrevistadoras: ¿Sí, y hasta ahora ha estado en conexión con ellos? O...

Contreras: No estuve porque yo me fui antes de los dos años de existencia de Chijnaya.

Entrevistadoras: Yeah.

Contreras: La razón es porque me tuve que ir, no porque no quería estar acá.

Entrevistadoras: Yeah.

Contreras: Las razones fueron porque ya en la Corporación habían comenzado con influencias políticas, los políticos querían tomar la Corporación. Hasta ese momento la Corporación era apolítica. Tenía algunas influencias del gobierno, porque el gobierno era el que nombraba al presidente. Entonces el gobierno en ese tiempo no era muy útil. Había dos o tres partidos de izquierda, que querían tomar la Corporación. Viendo todo eso, me dije, me voy de acá. No voy a entrar en esa lucha política. Había comenzado como técnico en la Corporación, y junto con cuatro personas que llegaban de los colegios de ingenieros civiles, de ingenieros agrónomos, cooperativistas y nosotros, hacíamos los aprestamientos, el presupuesto y presentábamos a la asamblea general. La asamblea general decidía si iba o no el proyecto. Si querían explicaciones nos llamaban, asistíamos, nos preguntaban por qué esto, por qué el otro. Lo mismo del presupuesto: ¿Por qué se ha puesto en tal partida? ¿Por qué es tanto? A la asamblea, lo de Chijnaya no se los presenté como un proyecto de la Reforma Agraria, porque yo era el técnico de la Reforma Agraria. Lo presenté como un proyecto de asistencia para el campesino que estaba en situación de pobreza con pérdida total. Entonces, con ese motivo la Corporación tomó para sí el proyecto. Y cuando se sometió a votación nadie se opuso. Absolutamente nadie. Y claro, yo no dije nada de la Reforma Agraria. Yo haré retirar a la gente que estaba inundada de donde no podrían desarrollarse. Se compraban esas haciendas, el estado pagaba a los dueños y el estado se la entregaba a los campesinos. Pero yo no había hecho nada, simplemente dije que había gente que, si seguían en la zona de la inundación, allí se iban a morir. Y todos dijeron no, que no se mueran. Que se vayan y se reubiquen. Entonces ese fue mi primer contacto con Chijnaya, la comunidad de Taraco. Eran seis o siete comunidades. Y nosotros trabajamos sustancialmente con los que estaban más cerca al lago, más damnificados, que eran tres o cuatro comunidades. Esperando que ellos, acepten, pero solo setenta y cuatro familias aceptaron. Yo no podía llevar a nadie a la fuerza. Y solo les dije a ellos: si ustedes quieren. Bien. Si no quieren. No quieren. Yo no me voy a preocupar. Así es que, si aceptan, inmediatamente vamos a reubicarlos. Por otro lado, ya había visto para comprar las haciendas, el pago que necesitábamos. Pequeños fundos no eran nada. Este mismo Chijnaya era un pequeño fundo. Se compró Chijnaya, y las setenta y cuatro familias aceptaron con mucho entusiasmo. Y hay que reconocer que era gente muy decidida, con rasgos de valentía, muy avezados porque el que no era valiente no entraba, porque era una nueva situación y era una aventura. Realmente era una aventura. Normalmente las clases menos favorecidas en el Perú no le creen a la administración pública. No aceptan inmediatamente. ¿Qué querrá? ¿Para qué servirá? ¿Quién se va a quedar con la plata? Ese era el grado de confianza. Pero esta gente confió y cuando llegaron, llegaron contentos, claro se les notaba algo tristes porque sabían que iban a dejar su tierra. A ustedes les pasaría lo mismo, si

inmediatamente les dicen: Saben, nos vamos a mudar porque llega una nevada gigante, y nos tenemos que ir a Miami. Vamos a dejar esto, aunque Miami es bonito, ¿no? Pero ¿cómo vamos a dejar esta tierra?, y uno se va con pena. Y pasó lo mismo con ellos, pero con mucho entusiasmo. Los setenta y cuatro cabezas de familia empezaron a trabajar inmediatamente, no en el campo sino en las casas. Entonces, todos trabajaron para las casas de todos, y en el momento en que una casa estaba terminada, se sorteaba. Y así se terminaba otra casa y se sorteaba e inmediatamente venían las familias a vivir allí. Y resultó. Porque después me ha dicho Bolton, que se fueron no sé cuántos: cuatro, cinco, seis, y han quedado cincuenta y seis familias, creo, ahora, ¿no? Algunos fueron retirados por la propia comunidad, por malas costumbres, por borrachines, hasta parece que llegaron a robar ganados. Entonces, a esa gente no la quisieron, y todo el resto decidió que debían separarse, y los separaron. De las setenta y cuatro familias iniciales, creo que se quedaron cincuenta y seis familias.

Entrevistadoras: Tenemos como dos preguntas más ... ¿Ha visitado la escuela, o no?

Contreras: Sí

Entrevistadoras: Sí, recién, sí

Contreras: Sí, he visto a los maestros. Pero no he hablado con los alumnos. Ahí tuvimos una cooperativa, unos cuatro maestros, bien dedicados. Y otros tres que no puedo dar una opinión correcta porque tendría que haber visto más, pero me pareció en general que cumplen con su trabajo. Pero esos cuatro son interesantes porque tienen mucha actividad con los niños en los primeros años. Y están utilizando el sistema electrónico, la computadora. Y me llamó la atención que los chiquitos tienen una habilidad extraordinaria con el mouse. Yo agarro el mouse y nunca podría utilizarlo. Pero ellos tienen una habilidad extraordinaria con el mouse y ya saben abrir, ver lo del menú y todas esas cosas. Estos profesores, que además son conocedores, no grandes conocedores, pero para lo que necesitan en el comienzo, son buenos. No me dieron una mala impresión, pero tampoco podría decir "Ohhhh...". Cumplen con su trabajo, no faltan, están con los alumnos. Este colegio está alejado de la civilización urbana. Ha conseguido un equipo de voleibol que ha conseguido un campeonato, extraordinario. Y ahora se van a competir a Juli. Los chicos saben jugar, tienen otro carácter, no se quedan apagados, es la misma juventud como la de veinte años atrás. Esto hace darme cuenta de que la escuela está bien. Las aulas son las mismas que dejamos nosotros. Están muy bien conservadas. Me pregunté antes de llegar: ¿Ahora voy a encontrar las aulas? Y las encontré, sin vidrios rotos, muy bien conservadas. Eso fue otra bendición que me gustó, porque se ve que lo que pueden hacer los maestros está reafirmado por los padres. Y en el futuro van a recibir a los niños que están más cerca. Y esta comunidad tiene mayor posibilidad de crecimiento inmediato pues aquí hay un crecimiento poblacional que ya es regular. Todavía hay espacio, pero hay que hacer otras aulas.

El desarrollo, el real desarrollo de esta comunidad es la ganadería, que ha crecido bastante, pero les falta todavía, por lo menos, cincuenta y un por ciento para decir que han desarrollado. Han tenido crecimiento, pero todavía no desarrollo. El desarrollo significa que hay sostenimiento y crecimiento en la economía, entonces, si nos estancamos aquí no hay desarrollo. El factor importante es la quesería porque permite el crecimiento de la economía puesto que la lechería acá puede manejarse para dar valor a su producción quesera. Ellos son como trabajadores urbanos que cada semana o cada quincena, reciben su salario. Entonces, ellos vienen y saben que cada semana tienen una cantidad. Eso es el comienzo del desarrollo. La nueva quesería es el factor más importante. La quesería misma es un negocio, naturalmente. Y por lo que veo, es un buen negocio, todavía no es el gran negocio que tiene que ser. Yo propongo que toda la leche que produzca

la gente que vive cerca, sea comprada por la lechería. En ese momento aumenta el volumen de producción y el volumen de ventas. Al mismo tiempo que se hace lo mismo que se ha hecho acá, de generar una renta semanal. Eso es seguridad. La familia sabe que cuenta con eso. Otras comunidades cuando recibe un poco de plata y no la guarda, no la utiliza bien. Además, veo que aquí las artesanías tienen posibilidad de crecer ya que muchas mujeres que se la pasaban sentadas, mirando al ganado pastar, ahora se dedican a la artesanía. Y como es un ingreso que recibe la mujer, el hombre no puede decidir en qué gastarlo ya que es un gasto que la misma mujer decide por sí. Es una valoración de la mujer. Eso es un factor importante porque normalmente en la sociedad campesina rural de la sierra, la mujer no decide. Y la mujer no aporta excepto por cuidar niños y la casa y los animales. Es la última en la casa, ella no aporta efectivo a la casa. Entonces, con los ingresos de la artesanía, ella decide lo que va a hacer con su dinero. Esto es una elaboración grande, es otro detalle que considerar para el desarrollo de esta comunidad. Cuando se trata de hablar con las mujeres, no hay una disposición a tener una conversación excepto con las que entienden castellano. Las que entienden quechua, quieren hablar, pero no se les puede entender. Entonces, esto también es otro efecto de la elaboración de la mujer. El hecho de que puede conversar con alguien de afuera de la comunidad es muy estimable. Entonces, la economía de esta comunidad va a depender de la producción de leche, que en algún modo hay que aumentar, en la producción de queso, que hay que hacerla crecer de tal manera que este local queda prácticamente chico. Porque ahora todavía se puede utilizar el doble turno, un turno en la mañana, otro turno en la tarde hasta la noche. La leche aquí no se malogra, puede quedar en los depósitos de leche, inclusive en un estanque de agua que siempre está fría. Y ahí queda, hasta la tarde. Y durante la tarde, se elabora el queso. No hay problema. Así habría doble ganancia, y esa doble ganancia es significativa. Por eso pienso que la comunidad tiene mucho por hacer, y mucho para aumentar sus ingresos. Y no finaliza en ir aumentando los ingresos, porque van a haber otras labores. La artesanía puede variar, puede aumentarse, puede incrementarse. Y la agricultura también tiene posibilidad de aumentar. Las ovejas son otro resultado interesante porque tienen buenas ovejas. La gente debe comer más oveja. Debe mejorarse el alimento vegetal fresco, ya que ahora solamente se da a los animales cebada y avena. Y hay otros productos vegetales que pueden servir para el alimento animal. Hay que probarlos. Hay una plantita que se siembra en Uruguay, que se llama “vicia” y que es un pariente del haba. Entonces se siembra vicia y da pasto alto, se recoge, se seca, y se da a los animales. Y es mucho más valioso que la avena y la cebada. Porque la vicia es una leguminosa como la alfalfa, como los frijoles. Y las leguminosas tienen un valor nutritivo proteico, tienen también un valor nutritivo farináceo, de harina, mucho menor. Y lo que falta aquí es proteína. Como no tienen buena economía, parte de su queso también lo comen, eso ya es un recurso proteico, y la proteína ¿para qué sirve? Para crear músculo. Si los chicos no tienen músculos, -chicos digo, porque son los que más lo necesitan-, es porque no tienen proteína todos los días en su comida: leche, queso, leguminosas en general, habas. Estos chicos van a ser flaquitos, hueso y pellejo. El músculo no tiene cómo crecer. Y el músculo es fuerza. Y esa fuerza se necesita para hacer trabajo y si no está desarrollado desde chico, cuando sea grande ya no se desarrolla.

Entrevistadoras: ¿Y eso ha observado acá? ¿Qué están flacos?

Contreras: Falta todavía. Pero puede estar mejor. El régimen de la escuela es muy bueno, allí se da alimentación. Y que yo sepa aquí no reciben alimentos de afuera. Hay un programa nacional de alimentación. A las comunidades más pobres les llevan comida gratis, o casi gratis. Aquí no, aquí no traen porque no los conocen. Me han

dicho que hay que formar un comedor popular, que es la forma en que el gobierno ayuda en alimentación para los que menos tienen. Tienen que decir que se forma un comedor popular para treinta personas, o cuarenta, mínimo. Y esas cuarenta personas se inscriben y piden una ración al PRONAA, que es el sistema nacional de alimentación para familias que no tienen recursos. Y el comedor funciona de manera que hay una directiva, elegida por ellos mismos. Esa directiva es la que se encarga de formar los grupos que van a cocinar durante una semana. Tres, cuatros personas, mujeres, que van y cocinan, y cocinan para todo el resto. Y la ración no se regala, sino se vende. A un precio muy módico, un sol, un sol cincuenta. Y con eso, la gente ya tiene un recurso para mejorar su alimentación. Este debería de ser un programa para el área urbana, donde hay una gran cantidad de pobres, pobres extremos, que no tienen prácticamente qué comer, no tienen tierra ni nada. Esa gente si se muere de hambre. Entonces para ellos es un programa que vale, porque con el sol que ponen, se paga el combustible, se paga a las señoras que vienen a hacer la limpieza, no es un gran salario, es una propina, pero es algo. Aquí lo que falta sería, por ejemplo, el desayuno para los niños. Que también tiene un programa. Entonces si en la escuela hay cien niños, en esa tierra se siembra avena, quinua, no sé qué otra cosa más. Se muelen y se preparan semi cocidos. Entonces en la escuela se organizan las señoras y vienen para preparar la avena, hervida, con leche en polvo. Y todos los niños reciben como desayuno en la escuela un tazón de avena. En algunos casos eso va a estar controlado por el municipio. Algunas veces también entregan papa. En Lima, por ejemplo, no sé en el resto de la ciudad, reciben un tazón grande de quaker.

Entrevistadoras: ¿Quaker?

Contreras: De Quaker, ¿no? de avena.

Entrevistadoras: Estoy pensando si es posible que ellos hagan mantequilla acá en la quesería.

Contreras: Yo creía que sí. Sigo creyendo que sí. Hay una cosa. Mientras no haya pasto verde, fresco, la grasa que se produce con la mantequilla será blanca. ¿Y todos quieren una mantequilla amarilleja, ¿verdad?

Entrevistadoras: Es posible, pero acá tal vez...

Contreras: Han presentado unas botellitas de pura crema de mantequilla. Yo dudo que sean de pura crema, pero puede ser, ¿no? Lo venden en los supermarkets. Cuando he probado, no tiene tanto sabor. Claro que la crema, para que tenga sabor a madura, se junta toda, se tapa, y se deja a un lado. No importa que esté un poco tibio, hay que dejarla madurar. En un día de maduración, toma sabor. Si no tiene esa maduración, la mantequilla pierda el sabor. Ahora, en muchas fabricas una porción de la grasa de la leche, se madura más fuertemente, para mezclarla con la crema y se obtiene un sabor justo. Hay un detalle, que la grasa, cuando el clima es tibio, asciende rápidamente de abajo hacia arriba, y se forma una nata. La leche debe quedar con un porcentaje legal y que en todo caso debe de estar alrededor de 2.8 por ciento. En todo el mundo es más o menos lo mismo. Este 2.8 por ciento se puede hacer crema. Y así va al mercado. Pero hay este problema de cómo sacar la grasa de la leche. Porque la grasa se queda junto con la leche, con líquido. Y no se separa. En cambio, en Lima, si uno compra alguna leche, que todavía hay establos en Lima, uno o dos, tres días después queda casi un dedo de grasa. Y en la noche más, ya ha subido. Y cuando se hierve queda una nata arriba que es riquísima como crema, pero por la temperatura del aire, sube rápidamente la grasa. Y aquí ¿cómo sube si todo es frío? El otro problema, creo, se podría calentar la leche, ¿no? pero ya es un costo adicional. Y hay que recalentar el aparato también. Cuando trabajaba en un establecimiento lechero teníamos cuarenta vacas en convenio, unas que estaban

preñadas y otras que estaban en descanso. Y teníamos que llevar por ferrocarril a una cooperativa lechera y todos los días, unos tres tarros de treinta litros, es decir, noventa litros de leche. En el verano, en la mañana lo poníamos en depósitos de agua y el agua estaba fría pero luego por el calor, el agua se calentaba. Continuábamos en el ferrocarril, una hora y media después ya la crema estaba encima del tarro. Eran noventa litros, era la cuota, no podíamos entregar menos porque eso era para la gran cooperativa lechera de Montevideo. Era la única fábrica de leche pasteurizada y de mantequilla, de dulce de leche, caramelos, toffees. Y a nosotros nos sobraba la leche y nos sobraba treinta, cuarenta litros. Si los mandábamos a la fábrica nos iban a decir “los treinta litros que están sobrando no lo vamos a pagar como el precio de los noventa litros,” nos cortaban el precio. Entonces nosotros *decidimos hacer* dulce de leche con los treinta litros que nos quedaban. Metíamos en un perol y poníamos abajo leña y a batir, batir, batir, hasta que se hacía el dulce de leche. Y eso tenía mucha demanda en Montevideo y Buenos Aires. Se consumen cantidades impresionantes de esto. Aquí nosotros ayer hemos hecho una prueba. Y salió bien.

Entrevistadora: ¿Sí?

Contreras: Sí, sí, sí. Y hoy queremos hacer nuevamente, pero poniendo leche con la misma cantidad de azúcar. Saldrá beige, marroncito, y se puede usar para relleno de torta, alfajores, galletitas. Se puede poner en una bolsita chiquita de plástico, unas seis, siete, ocho, nueve, o diez. Y cada uno pone su precio. Ahora está de modo hacerlo así. Hay que ver dónde llevarlos. Pero queda riquísimo. En Buenos Aires se usa con el queso fresco madurado. Cortan el queso en cuadrados y lo ponen en un plato. Y encima le ponen dulce de leche. Es un plato preferido en Buenos Aires. Se consumen quesos y quesos y quesos, pero por millones de kilos. Ese puede ser un recurso para vender dulce de leche y queso en los restaurantes. Porque los *peruanos* ponen cualquier postre que elaboran. Entonces la gente disfrutará inmediatamente si al queso le pones una cucharada de dulce de leche encima. Bueno hay cosas que se pueden hacer, que se pueden intentar en el mercado, hay que estudiarlo, parece que el mercado de Juliaca no es el mejor. Es un mercado que no tiene mucha gente pudiente, entonces compren menos. En Lima, no es tan bueno el mercado como en la ciudad de México, o como en Sao Paulo. Mercados enormes y ricos. Pero en Lima si se puede vender todavía, basándose en calidad. Porque la calidad en Lima recién se comienza a apreciar desde hace veinte años. La gente no sabía cómo comer calidad. Comía lo que había. Y como nadie se preocupaba por la calidad, bueno, no es tan malo, pero no era un horror. Pero ahora la gente está mirando calidad. Paga por la calidad. Entonces, ahora hay que aprovechar para presentar productos de calidad superior. El queso de Chijnaya, por ejemplo, de su clase, es el mejor del país. Es el mejor. Es duro. Tiene el sabor agradable, y tiene un olor suave. Es suficientemente estable como para freír, no se deshace. Con otros quesos ordinarios, se echa un poquito de queso y el queso psshhh se hace como grumitos. Ese queso no sirve para freír. Hay mucha gente a quienes les gusta el queso frito. Mis padres buscaban el queso para poder hacer el queso criollo, frito, lo conseguían, pero muy poco. Y en casa siempre se comió queso frito. Este queso de Chijnaya está bien presionado, de modo que el agua ha salido y es mucho más conservable que los quesos que se comen ordinariamente. Porque se puede poner al refrigerador para que no se seque y puede estar allí, lo mismo que un queso madurado, tres, cuatro, cinco meses, un año. Y este queso, si lo dejo secar, permite rayarse, y rayado sirve para los fideos, para los tallarines, para los raviolos. Y queda muy bien, como si fuera queso parmesano. No tiene sabor parmesano, por supuesto, pero da muy buen sabor. Los otros quesos no. No se puede hacer así. Cuando hay mayor producción sí se puede hacer promoción, por ejemplo, con spot de nutrición que sale

solo dos veces por la noche. Toda la gente mira, y luego se pone en el spot publicitario el nombre de los supermarket y la gente sabe dónde comprarlo. Basta que vean que es en Metro, en Wong, u otros supermarkets para que la gente sepa que eso vale y Lima ya es un mercado suficiente para poder venderlo. Sería interesante.

Entrevistadora: Ha ha ha, ya, bueno pero muchas gracias por todo. ¡Y si tenemos más preguntas regresamos!

Nota Final

El ingeniero, animado por el reencuentro con la comunidad, tenía la intención de volver a Chijnaya para apoyar a la comunidad en sus próximos pasos de desarrollo. Debido a su edad avanzada y debilitado por enfermedades, no pudo alcanzar su meta de contribuir otre vez más a la comunidad, sin embargo, los resultados de su iniciativa y sus esfuerzos en la década de 1960, marcaron un hito en la historia de la antropología en el Perú y en el mundo.

Referencias

- Ávila, Javier y Ralph Bolton, eds. (2016). *Antropología aplicada en el Perú de hoy: Estudios de casos*. Lima: Editorial Horizonte. 301 pp.
- Bolton, Ralph (2010a). Chijnaya: el nacimiento y evolución de una comunidad andina. Recuerdos y reflexiones de un antropólogo aplicado. En *50 años de antropología aplicada en el Perú: Vicos y otras experiencias*. Pp. 303-370. Ralph Bolton, Tom Greaves y Florencia Zapata, eds. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Bolton, Ralph (2010b). Chijnaya: The Birth and Evolution of an Andean Community, Memories and Reflections of an Applied Anthropologist. In *Vicos and Beyond: A Half Century of Applying Anthropology in Peru*. Tom Greaves, Ralph Bolton and Florencia Zapata, eds. Pp. 215-263. Lanham, MD: AltaMira Press.
- Bolton, Ralph (2012). La vida de un antropólogo en el Altiplano peruano: Reflexiones y recuerdos, 1962-2012. En *Libro memoria: VI congreso nacional de investigaciones en antropología del Perú*. Enrique Rivera, ed. Pp. 151-182. Puno: Universidad Nacional del Altiplano, Escuela Profesional de Antropología.
- Bolton, Ralph, Jhuver Aguirre-Torres y Ken Eriksen (2019). Cheese in Chijnaya: Community Entrepreneurship in Rural Peru. *Journal of Business Anthropology* 8(2):185-210. También: Queso en Chijnaya: Emprendimiento Comunal en el Perú Rural. *Cuzquensis: Boletín Académico de Ciencias Sociales* 1(1) 33-66 (2020).
- Bolton, Ralph, Tom Greaves, y Florencia Zapata, eds. (2010). *50 años de antropología aplicada en el Perú: Vicos y otras experiencias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 485 pp.
- Cuentas Gamarra, Leonidas (1965a). Antropología Social Aplicada. Unpublished report, Puno.
- Cuentas Gamarra, Leonidas (1965b). Trabajo de Investigación de Etnología. Unpublished report, Puno.
- Cuentas Gamarra, Leonidas (1975). Informe Adicional sobre Chijnaya. Unpublished report, Huancané. 6 páginas.
- Flores Ochoa, Jorge A. (2010). The Case of Kuyo Chico. In Greaves, Tom, Ralph Bolton, y Florencia Zapata (eds.), *Vicos and Beyond: A Half Century of Applying Anthropology in Peru*. Lanham, MD: AltaMira Press. Pp. 265-279.
- Greaves, Tom, Ralph Bolton, y Florencia Zapata, eds. (2011). *Vicos and Beyond: A Half*

- Century of Applying Anthropology in Peru*. Lanham, MD: AltaMira Press. 358 pp.
- Núñez del Prado, Óscar (1970). *Un Ensayo de Integración de la Población Campesina: El Caso de Kuyo Chico (Cuzco)*. Serie Estudios del Valle de Urubamba 2. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Núñez del Prado, Óscar (1973). *Kuyo Chico: Applied Anthropology in an Indian Community*. Con: William Foote Whyte. Chicago: University of Chicago Press.
- Rosenthal, Joshua (1981). *Chijnaya Revisited: 1980*. Unpublished report. Pitzer College, Claremont, California. 30 páginas.

FOTOS:



Ingenieros Hugo Contreras (derecha) y Carlos Valcárcel (izquierda), ca. 1961.



Ing. Hugo Contreras en el Haiti, Miraflores, Lima, 2010



Ing. Contreras festajado en Chijnaya en su visita en setiembre 2010



Ing. Contreras conversando con el Sr. Benito Barrantes, uno de los fundadores de Chijnaya, 2010